

La fantasía en el panorama literario actual

Por José Ángel Muriel González



José Ángel Muriel González, nació en Sevilla, 4 de junio de 1972. Ha publicado *Ladrones de Atlántica* (2005), *El talismán cósmico* (2008), *La guarida de los monstruos* (2009), y *La estela del Dragón* (2010).

España es un país de contradicciones -al menos, en apariencia-, y una de las materias en la que se producen las paradojas más llamativas es el mundo de los libros. En nuestro país, se editan muchísimos libros todos los años; de hecho; España destaca mundialmente por tal motivo. Sin embargo, las estadísticas siguen indicando que, en general, se lee muy poco. Aunque el porcentaje de españoles lectores ha crecido en los últimos años. El Plan de Fomento de la Lectura 2004-2007 del Ministerio de Cultura asegura que en el segundo trimestre de 2007 se alcanzó un 58% frente al 52% en 2003.

Para colmo, muchos críticos afirman que hay más escritores que lectores. O, como mínimo, hay más personas escribiendo y queriendo publicar que gente leyendo. Es cierto que dicha sensación se experimenta ante la afición de contar historias que manifiesta gran parte del público que suele asistir a los actos literarios. Pero uno de los grandes dones concedidos a la Humanidad como especie es precisamente la creatividad. Aunque el tiempo no nos sobra, las circunstancias actuales nos permiten organizarlo un poco mejor en torno a nuestras aficiones, por lo que no debe extrañarnos que la gente lo aproveche intentando explotar esa facultad, da igual que sea escribiendo, dibujando, pintando o tocando un instrumento musical. La creatividad, al fin y al cabo, es el eje del progreso y la base de los avances en disciplinas muy diversas.

Lo que realmente extraña es el bajo nivel de lectura que coexiste con esta propensión a escribir. Parece obvio, por ejemplo, que la lectura sea el principal recurso de quienes escriben. No obstante, hay escritores con capacidad para narrar historias de bastante calidad que pueden leer al año a lo sumo unos quince o veinte libros. Entre la población, la regla es que ni siquiera se alcancen estas cifras.

Otra contradicción cada vez más palpable es la que provoca la diferencia de opiniones acerca de la literatura fantástica entre los escritores y los lectores. Generalmente, los lectores creen percibir que la literatura fantástica se encuentra en pleno auge y que se publican obras de este género cada vez con más frecuencia y en mayores cantidades. Es probable que la difusión de algunos títulos muy populares a través de diversos medios (en papel, en la televisión y en el cine) o las tendencias dentro de la literatura juvenil e infantil influyan a la hora de formarse esta impresión.



En cambio, los autores que se han dedicado a la literatura fantástica en las dos últimas décadas anuncian que el género se encuentra dentro de una crisis. El declive parece evidente incluso en los núcleos que habían apoyado tradicional e incondicionalmente la literatura fantástica, como, por ejemplo, el mercado francés. La tendencia parece extenderse a toda Europa y la situación ha llegado a tal punto que muchos de los escritores que solían empeñar todo su ingenio y talento en describirnos mundos imaginarios o contar invenciones de todo tipo han decidido seguir otros derroteros distintos y han enfocado sus próximos proyectos volcándose de lleno en géneros distintos.

Actualmente, solo unas cuantas editoriales se arriesgan a publicar obras que, sin pudor ni vergüenza, sino todo lo contrario, son clasificadas por sus autores dentro de la ciencia ficción, la fantasía o el terror, en su acepción más amplia. El resto de los editores prefieren colocar a los libros otras etiquetas, extravagantes y atractivas (casi siempre una composición en la que intervienen el término *thriller* y un adjetivo), para disimular su verdadera naturaleza. El objetivo es alcanzar a toda costa a cualquier tipo de lector y conseguir así convertir los libros en superventas. La fantasía, a fin de cuentas, se puede palpar dentro de muchas de las novedades de ficción expuestas en las librerías, pero parece abocada a no ser reconocida por quienes editan.

A esta situación tan complicada se suma el desequilibrio existente entre las intenciones de las editoriales y los criterios de los lectores, que no coinciden al catalogar las novelas que podrían pertenecer a la literatura fantástica. Se produce un conflicto de intereses entre editores y lectores. Y como el mercado de los libros es un negocio más, las grandes editoriales se dejan conducir por agresivas campañas de promoción y marcan tendencias cuando eluden llamar a las cosas por su nombre, como si lo fantástico fuera sinónimo de desprestigio o de una actitud inmadura por parte de quien la disfruta. Aplican una política indescifrable que, aparentemente, ha dejado de apostar por algunos de los autores españoles consagrados, una de las razones por las que han cambiado la orientación en los argumentos de sus nuevas obras.

Por su parte, los lectores, que tienen la última palabra y son quienes eligen lo que quieren leer, no se ponen de acuerdo al clasificar las obras. En realidad, los escritores tampoco, ya que existen tantas decisiones como gustos y cualquier cosa puede ser fantasía o, al contrario, no serlo. La pregunta sería: ¿por qué estas discrepancias afectan en tal medida a la literatura fantástica y, sin embargo, no tanto a otros géneros?

La fantasía está a la vuelta de la esquina. Es algo involuntario, casi instintivo. Nuestra mentalidad siempre ha albergado elementos fantásticos. Aunque nos creamos los seres más pragmáticos y realistas del planeta, resultamos ser los más soñadores e ilusos. Cuando somos niños, nos hacen creer en los Reyes Magos (o en Papá Noel), personajes que allanan impunemente nuestros hogares en invierno con la excusa de dejarnos regalos (a veces, carbón). Algunos pequeños confían en que el ratoncito Pérez se lleve sus dientes de leche a cambio de un pequeño obsequio. Otros, más traviosos, viven amenazados por el Cuarto de las Ratas, el Hombre del Saco o incluso el Momo (éste debe de ser el mismo demonio salido del averno o el asesino de *Viernes 13*). Si

dejamos a un lado la etapa de la adolescencia (sobra decir por qué calenturientas razones), cuando nos hacemos mayores, la imaginación convierte las ilusiones infantiles y el desbordamiento recreativo de la pubertad en deseos adultos. Desfogamos las emociones en fiestas como el Carnaval o buscamos la relajación espiritual en celebraciones religiosas que utilizan las imágenes para sustituir los antiguos placeres paganos asociados a los dioses. No es raro que soñemos despiertos que nos toca la lotería e imaginemos cómo nos gustaría gastarnos la cuantía del premio. O, sencillamente, a menudo pensamos cómo sería nuestro mundo ideal. Nos pasamos todo el año concibiendo planes relacionados directamente con la fantasía (nuestros objetivos, a veces inalcanzables). Sin embargo, nos cuesta admitirlo.

La imaginación y la fantasía son dos herramientas que hacen posible a las personas su evasión mental de la realidad, con frecuencia dura y difícil. Son armas para vencer la desazón y la angustia que nos produce la rutina cotidiana. Pero la mayor parte de la población no se percata de lo cerca que tiene la fantasía en su vida y reniega de ella. Aseguran con obstinación que no les gusta. Por eso, hasta cuando están leyendo un libro que contiene algo de fantasía (posiblemente le han engañado cuando lo ha comprado disfrazándolo con otra etiqueta), son incapaces de reconocerla.

Indudablemente, la fantasía es un motor para generar nuevos lectores. Por ese motivo, suele utilizarse para motivar la lectura entre los más jóvenes o se recomienda para aquellas personas que apenas leen. Esto se debe a que la literatura fantástica, además de conducir las reflexiones más realistas mediante los recursos de la ficción más pura, crea expectativas diferentes. Es habitual que el lector se enfrente a un libro del género con bastante tolerancia, sabiendo que va a encontrar aspectos que serían inconcebibles en otras condiciones. De hecho, es probable que sea lo que está buscando para escapar del mundo real y examinar los problemas desde otro punto de vista. Por tanto, es mucho más difícil que le decepcione un libro fantástico que un libro ceñido a la realidad y a sus dramas (salvo en el caso de la novela histórica, donde la invención del escritor se entremezcla con la maraña de un mundo que existió, que ha sido investigado y que pudo ser así según todos los indicios).

Tenemos obras magníficas que revitalizan la fantasía y además la incrustan en nuestra Historia. Basta recordar títulos como “*Juglar*”, de Rafael Marín, “*Señores del Olimpo*”, de Javier Negrete, o “*Rihla*”, de Juan Miguel Aguilera, que cuentan las hazañas legendarias del Cid, los conflictos de los dioses mitológicos de nuestras raíces clásicas y el descubrimiento del Nuevo Mundo, respectivamente, desde perspectivas nuevas y distintas. Efectivamente, basta recordar títulos como estos para darse cuenta de que podemos alardear de grandes firmas dentro del género, cuyas mentes son capaces de concebir aventuras fascinantes.

Se trata de autores que tienen un estilo propio pero no dejan de probar nuevas ideas para aportar originalidad al género. Al mismo tiempo, escriben libros que resultan accesibles a cualquier lector, independientemente de su grado de querencia por lo fantástico. Son libros al alcance de cualquiera que quiera entretenerse y, a la vez, aprender un poco del mundo pasado, presente o futuro.

Pero hay muchos otros escritores que también utilizan la fantasía en sus obras, aunque, una vez publicadas, queden catalogadas de otra manera. Encontraremos la fantasía en los lugares más inesperados: en medio de una tragedia o una comedia, en la investigación de un detective, en el realismo mágico, en la historia de un desconocido o en las memorias noveladas de alguien famoso. Los personajes tienen pesadillas o creen tenerlas, ven fantasmas o creen verlos, tienen alucinaciones o sufren espejismos, resuelven un enigma imposible o adivinan una contraseña de ordenador, atrapan al ladrón o saltan de una azotea a otra sin caer al vacío, consiguen enamorar felizmente a la persona deseada o persuadir de su inocencia a quienes les acusan, etc.

En conclusión, la realidad no está tan lejos de la fantasía, ni en la literatura ni en la vida. Como pasa con todo, la solución radica en aceptar la autenticidad de nuestros sentimientos y tender puentes.